



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

EL CRIMEN DE LA OSA

LA crónica roja ha sido en todos los tiempos tema preferente en nuestro periodismo. Siempre ha excitado la morbosa curiosidad, aun del más apacible lector, la puñalada artera que clava el amante burlado en el pecho de su amada, el duelo irregular a tiros entre dos antiguos socios de un negocio más o menos lícito, el plagio de un acaudalado hacendado, el robo, del cual resultó homicidio, de unas botijas llenas de onzas y enterradas en una finca cercana o el caso excepcional de brujería que unas veces lleva al garrote a "Bocú" y a Juana Tabares y en otras ocasiones, hace colgarse de una cuerda al inocente "Tin Tán".

Por eso en todas las redacciones de los principales diarios habaneros se ha escogido en todas las épocas para cubrir la parte informativa de este excitante sector, no a un periodista que sólo reúne las condiciones específicas de este profesional, sino también a un hombre que siente vocación sincera por la ciencia investigativa que han popularizado Nick Carter y Sherlock Holmes.

* * *

Desde la época de la colonia en nuestros órganos de prensa, todavía de limitaciones aldeana, atendían debidamente las exigencias de dicho público y no era solamente "La Caricatura", semanario gráfico en que se le daba cabida a todos los hechos de sangre acaecidos en los últimos siete días, sino que los más respetables diarios como eran "La Lucha" y "La Discusión" estaban a cargo de esa actualidad que se traducía en aumento de la venta.

Eduardo Varela Zequeira, que más tarde fuera Jefe de Información de EL MUNDO, había adquirido gran celebridad reseñando en las columnas del ya desaparecido "diario cubano para el pueblo cubano" una entrevista en su propio campamento con el temido Manuel García, rey de los Campos de Cuba y después fueron muy comentadas sus pugnas informativas con un rival igualmente conocido: José Manuel Caballero, así como un reportaje realista sobre la muerte de Esperanza Azcarreta a manos de Piñan de Villegas, hecho acaecido en los primeros años de la República.

* * *

Pero hoy nos vamos a referir a un suceso ocurrido años más tarde, en el segundo decenio de este siglo y en los tiempos en que gobernaba la nación el Licenciado Alfredo Zayas. Se trata del llamado crimen de La Osa, aunque antes de seguir la presente narración debemos informar a los jóvenes lectores que así se llamaba una finca rústica que existía en los alrededores del Monte Barreto y cercana a ese litoral, entonces pedregoso que se extiende al oeste de La Habana y junto al cual actualmente se levantan muchos casinos y balnearios de distintas calidades sociales.

Fues, bien: en tan despoblado lugar la policía encontró sobre las malezas y envuelto en una fina

sábana, el cuerpo inanimado de una mujer joven de la raza blanca y al parecer extranjera, aunque este último extremo es siempre muy difícil de determinar en los cadáveres, los cuales se ven impedidos de hacer declaraciones para diafanizar su nacionalidad.

Rápidamente, no sólo los cuerpos policíacos, sino también los reporters que cubrían dicho sector en los distintos periódicos, salieron a la calle para investigar, como paso previo, quiénes eran las mujeres no nativas de esta tierra cuya desaparición se hubiese notado desde hacía días o simplemente horas.

Un redactor creyó hallar la clave del crimen misterioso y señaló como presunta víctima a una hermosa francesa, vendedora de caricias que comerciaba con sus encantos en una pequeña casa situada en la esquina de San Lázaro y Blanco, al lado de una bodega que aun subsiste. La supuesta difunta después de cerciorarse de manera que no dejara lugar a dudas que en la noticia relacionada con su muerte el equivocado era el repórter y no ella, acudió a la redacción del periódico donde se había informado su brusco fallecimiento con objeto de desmentirlo y como ya entonces, al menos, a los presuntos cadáveres no se les negaba el derecho de réplica, se publicó la pertinente aclaración, así como un retrato de la bella mujer.

Y aunque siempre resulta algo desagradable el leer en vida la crónica necrológica de nuestra propia defunción, la "resucitada" francesa compensó tan mal rato con una popularidad que se tradujo en nunca soñadas ganancias.

* * *

El crimen de La Osa continuó envuelto en el misterio durante unos días sin encontrarse una pista satisfactoria, hasta que al fin quedó aclarado el hecho por un detalle que al principio pasó inadvertido a los detectives tropicales. Se trataba de una joven norteamericana que había llegado a La Habana con objeto de visitar a un antiguo amigo, joven muy conocido en nuestros clubs elegantes que estaba en visperas de contraer nupcias con una distinguida señorita, pero estando cumpliendo tal formulismo social, la recién llegada sufrió un desmayo y murió de repente, que es como antiguamente se le llamaba a los modernos "infartos".

El futuro desposado, nervioso y temiendo el escándalo que produciría un hecho que daría lugar a torcidos comentarios y en definitiva frustrar su matrimonio, llamó a su chofer y entre los dos llevaron hasta ese lugar solitario los mortales despojos de la infeliz norteamericana, desvestiéndola para no dejar huellas fáciles a la investigación, pero cubriéndola pudorosamente con una sábana.

Y como por el hilo se saca el ovillo, por el hilo de la fina sábana los cuerpos policíacos dedujeron su procedencia y todo lo demás muy fácil de saber y nunca más se habló de aquel suceso, que nunca constituyó, ciertamente, un crimen.